LA HUELGA

COMEDIA ORIGINAL EN DOS ACTOS Y EN PROSA

POR

D. DAVID VILLASMIL



BARCELONA
IMPRENTA DE LUÍS TASSO SERRA
ARCO DEL TEATRO, NÚMS. 21 Y 23
1888

AL

Ateneo de S. Gervasio de Cassolas

dedica este ensayo cómico

EL AUTOR.

PERSONAJES

Don Severo.	Paco.
Alberto.	Gaspar.
Clara.	Martín.

Una sirvienta.

La escena pasa en Barcelona por los últimos días de Diciembre de 1887.

ACTO PRIMERO.

Sala de estudio de Alberto, hijo de D. Severo: puerta á la derecha que da á la calle, otra en el fondo al resto de las habitaciones de la casa; una biblioteca. Entra Alberto por el fondo.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO (*solo*).

Hoy disertará el señor profesor de Economía política, en la clase de su cargo, sobre la crisis obrera, ó para mejor decir, sobre el *hambre obrera:* ¡vaya! ¡vaya! un discurso hambroso, después de la gran crecida de gallos que acaba de pasar, y el alud copioso de turrones, será de oirse: ¡ca!... no he de faltar á la clase: bien seguro estoy de que nuestro intransigente maestro hablará con más rudeza, de los obreros que del hambre; pero entonces, yo tomaré vela en el entierro para probarle, que la crisis está precisamente en el hambre, y que los obreros no son más que tristes víctimas del egoísmo de los poderosos y de las injusticias de la fortuna. Cueste lo que costare hoy pienso adquirirme celebridad de orador forense en las aulas; y después..... ¡quién sabe!... Jefe por lo menos, del nuevo partido Republicano condensador, que es lo que falta á la Democracia española. Estudiemos la cuestión: (Toma un libro de la biblioteca y lée.) *L'examen du sistème protecteur.* (Abre el libro.) Miguel Chevalier: éste me ilustrará lo bastante. (Se sienta á leer; luego entra Paco, el cual antes de llegar á Alberto saca del bolsillo del gabán un gorro que trae dentro de él: luego se acerca á Alberto, que no lo advierte hasta que aquél no le habla.)

ESCENA II.

ALBERTO, PACO.

PACO. (Enseñando á Alberto el fondo del gorro.) ¡Mira tú, Alberto, y muérete de risa como yo: ¡ja ja ja!...

ALB. (Contrariado.) ¡Siempre estás de guasa!...

PACO. Pero, hombre, ríete siquiera: celebra la gracia, que bien lo merece: y no te estés ahí, tan serio como un mulo y tan impasible como un poste: ¡vaya una flema!...

ALB. ¡Vaya un importuno!... debieras decir mejor.

PACO. ¿Ves?... (Enseñando de nuevo el fondo del gorro.)

ALB. (Impaciente.) Cansado estoy ya de ver: pero no entiendo.

PACO. Te explicaré.

ALB. Acaba.

PACO. ¡Ja ja ja! Deja que se acabe la risa. Pues bien: cuando yo vine de Figueras á estudiar medicina en esta Universidad, traje... ya tú sabes á quien traje: á Martín, al joven, aquel pobre obrero, al que, luego que entablé relaciones de amistad contigo, conseguiste tú una colocación en la fábrica de hilados de tu padre, respetada aún del *ciclón libre cambista*, merced al fuerte capital que maneja.

ALB. Sí, sí: yo conozco toda esa historia; está de más que me la repitas: quiero tan sólo saber lisa y llanamente, lo del gorro.

PACO. Sí, lo del gorro: pues bien; cuando yo llegué aquí, estaba aún lanudo un tanto y cimarrón otro tanto, como dicen Vds., y eso fué parte á que los estudiantes, calaveras por tradición no interrumpida, desde el travieso de Adán en la Universidad paradisaica, se riesen de mi carácter tímido y encogido, y burlas, á granel me dieran; porque no bebía ruidosamente en El Suizo, en El Colón ó en El Pelayo, porque no daba citas amorosas, porque no paseaba en carretela, ni asistía á las cosas francesas que hay aquí, al *Principal* teatro de la comedia, á los Restaurants, ni sé cómo se dice eso en plural, á los *Cafés cantantes*, como no sabía que hubiese cafés que cantasen; y porque no tenía en fin; aquello que debe tener todo estudiante civilizado...

ALB. ¡Bah! ¡vergüenza!

PACO. ¡Ah! nó: no era vergüenza: era una cosa así, como libertad amorística, grande, efectiva, absoluta,

omnímoda... ¡vaya! si yo tenía vergüenza; ¡pues que se reían de mí porque la tenía!...

ALB. ¡Pero bien! ¿y toda esa historia qué tiene que hacer con lo del sombrero?... ¿con lo del gorro?..

PACO. Ya veo que deseas que te explique: pues lo haré lo mejor que pueda.

ALB. Mira: lo que deseo, es que me dejes.

PACO. No has de enojarte conmigo porque sea modesto en mis explicaciones: ¡no es culpa mía, si soy tan parco de palabras!...

ALB. Si eres todo lo contrario: si hablas más que la tía Mónica que, cuando suelta la lengua, van á atajársela á las Indias Orientales.

PACO. Calma, hombre. Pasaron algunos días, y ya, gracias á tus benevolentes influencias y á ciertos servicios que me prestara mi joven obrero, había yo soltado toda la lana, y convertídome en un caballerito de rechupete, de lo más remilgado y mono que hayas podido imaginar en tu santa vida... pero ¡hola! que tonto soy, si tú lo sabes. ¡Un baile! primer pareja, yo. Imagínate, allá en mi pueblo, corría á más y mejor tras de los ciervos: y así, aprendí á saltar que era un pasmo: esto me ha servido, sin quererlo y sin pensarlo, para ser hoy un pareja, al que nadie puede toser, en mil leguas á la redonda. ¡Un paseo!... ahí está Paquito; el primero en la ida, y el último en el retorno. Un banquete, nadie me quita la bandera; bebo como diez, engullo como cien, salto como mil. ¡Novias!... ya sabes tú, que no me han faltado novias y queridas, es decir novias queridas unas más, menos queridas otras; y tal, y tal, y tal... Pero ya me cansé, chico, de todas estas luces de la civilización y anhelo ahora el oscurantismo del hogar doméstico.

ALB. (Intentando irse.) ¡Te voy á dejar!...

PACO (Deteniéndolo.) Pero, chico dispénsame: yo no soy Castelar ni mucho menos, para ser más explícito. Los tribunos así, son pocos. Pues bien: á tí te debo mucho, y á Martín le debo mucho también: á tí correspondo con un afecto sin límites y una gratitud desmedida; es lo mejor de mi capital, y te lo cedo; y á Martín tuve la humorada de regalarle esta mañana (Señalando el fondo del gorro.) este bello ideal, esta dulce esperanza, este bien querido, que compré á uno que lo pregonaba en la Rambla. Se lo he regalado en parte de correspondencia y el pobre muchacho lo ha recibido con una alegría tan inmensa, que lo ha como enclavado aquí, en este gorro, para tener plena seguridad de su posesión y saber que, para

arrebatarle su bien querido, menester fuera, hacerle rodar la cabeza por el polvo.

ALB. ¿Eso significa? ja ja ja...

PACO. ¿Verdad que te parece chistoso?

ALB. ¡Muchísimo!...

PACO. Si yo lo decía: á mí me ha hecho reír á tal extremo, que creí no llegar aquí, sin reventarme; figúrate cuánto trabajo me habrá costado, el que me facilite este gorro, depositario fiel de su bien querido, de su ideal, de su esperanza suprema. Eso es muy chistoso.

ALB. Sí: no hay nada más chistoso en el mundo: ja ja ja... pero mira, quisiera que me dejaras: ya es hora que debe venir papá á verme: y sabes que no te mira con buenos ojos: además, tengo que estudiar la lección para la clase de hoy que, es de vital importancia y aun no la he visto.

PACO. Ahora recuerdo que yo tampoco he visto la mía, y es también importantísima; más que la tuya.

ALB. ¡Ca! eso si que nó; mi profesor se ocupará hoy en la crisis obrera: *cuestión proteccionista.*

PACO. Lo que te decía: y el mío, en las *circunvoluciones* del cerebro: *cuestión circunvolucionista.*

ALB. No sé qué bestia es esa.

PACO. Pues vas á saberlo.

ALB. ¿Y si llega papá?

PACO. ¡Anda, chico, seré breve! Muchos fisiólogos modernos creen que el cerebro tiene *circunvoluciones* á la derecha, y *circunvoluciones* á la izquierda.

ALB. ¡Pues saben bastante!.. porque no hay cosa alguna que no tenga derecha é izquierda.

PACO. Date punto de reposo: las *circunvoluciones* izquierdas caracterizan el elemento malo del hombre; y las de la derecha, el bueno, ¡tú eres muy malo!...

ALB. ¡Yo!...

PACO. Es un ejemplo.

ALB. ¡Sí, sí, dispensa!...

PACO. Pues bien; para que seas bueno, no hay más que atrofiar la parte izquierda, que es el nido de los diablos; y ya, con esa simple y sencilla operación quirúrgica, te habrás vuelto tú, tan bueno como un ángel. Mira qué fácil va á ser estirpar la maldad de esta tierra; y luego á luego, los hombres serán muy buenos; las mujeres, mejores; los niños, mucho mejores; los ancianos, muchísimo mejores; la tierra será el paraíso soñado por los poetas; el diablo morirá por consunción; lo arrojaremos al arroyo como un mueble inútil; y sobre todo, chico, entonces tu viejo no me verá con tan malos ojos; y si llega ese período

circunvolucionista, ya lograré sin mucho trabajo, ¡ay! una cosa que deseo tanto!... y que te diré después...

ALB. Sí, después: pero sin gorro.

PACO. Ya lo guardaré, para que no te sirva de *cabrión*, ¡ja, ja!... Hasta luego!... (Se va.)

ESCENA III.

ALBERTO, *luego* DON SEVERO.

¡Bien va bailando el mundo la danza del progreso!... el *proteccionismo* en mis manos, y el *circunvolucionismo* en las manos de Paco: ¡qué mundo tan adelantado!... (Abre el libro y se sienta á leer, al poco rato llega Don Severo muy excitado.)

D. SEV. ¡Hola! Alberto, estoy hecho áscuas!... Yo no sé cómo no has sentido tú, esa algazara de allá fuera... (Se oyen rumores fuera.) ¡es un verdadero motín, una algarada, un escándalo... ese maldito derecho de asociación, esa libertad endemoniada, esa huelga diabólica va á conducirnos á la ruína!... Cuatro días há, que no se trabaja en mi fábrica, y ahora mismo se han atrevido esos malhechores á penetrar en ella, y llevarse violentamente á los pocos obreros fieles!... ¡eso es ya inaguantable!... Yo no sé hasta dónde nos va á llevar este maldito liberalismo que parece haber surgido de las cuencas del Averno!... Aun así, viejo como estoy, hijo mío, si me fuera dado reencarnarme; me volvería un espinero de cañones y, por los ojos, las narices, la boca, las orejas y el... cuerpo todo, arrojaría, sin piedad, metralla y más metralla, sobre esa turba de motineros ociosos que, como no tienen sinó las ganas de tener dinero, no pesan los perjuícios que ocasionan con su vagabundería, á los hombres de capital. (Volviéndose á Alberto.) Y tú ¿qué dices?, ¿cómo no correspondes á mi desesperación?... ¿qué opinas de la huelga?...

ALB. (Después de un rato de silencio y entre severo y respetuoso.) ¡La huelga es un derecho del obrero!...

D. SEV. ¿Qué dices, deslenguado, liberal, poseído de Satán?...

ALB. Digo lo que me parece, padre mío, doy mi opinión.

D. SEV. ¡Hola! ¡miren ustedes al lechuguino! ¿eso es lo que estás aprendiendo en el Colegio?... Y ¿para esto le da Dios hijos á uno?...

ALB. Eso lo aprendo en el libro divino de la conciencia, y en la irradiación magnífica de ese libro de Dios, en la ley cristiana.

D. SEV. ¡Excomulgado, blasfemo, hijo de Luzbel!...

ALB. Hijo de V., papá.

D. SEV. ¡Calla! Hoy mismo te embarco para las Indias: no quiero en mi casa á un impío, á un liberal, á un enemigo de Dios!..

ALB. Iré, padre, donde V. quiera; V. lo ordena, ese es el derecho de V.; yo le obedezco, esa es la obligación mía y la cumplo; pero donde quiera que pise mi planta, diré lo mismo; la huelga es un derecho del obrero.

D. SEV. (Cariñosamente.) Alberto, hijo mío, ¡por Dios! piensa bien lo que dices: ¿de dónde diablos has sacado tú, todas estas musarañas?... díme, vuelve en tí, mira que estás disparatando.

ALB. Se lo diré á V., padre. (Entra Gaspar.)

ESCENA IV.

Los dichos y GASPAR.

GAS. Señor Don Severo.

D. SEV. Entra, Gaspar.

GAS. Buenas tardes, Alberto!

ALB. Buenas, Gaspar.

D. SEV. ¿Qué se ofrece?...

GAS. He venido á avisarle que está en el despacho el señor don Luís Ferrer, aquel comerciante al por menor, del pueblo de Boss, que nos compró, no hace muchos días, una factura, por valor de 10,000 duros.

D. SEV. Y ¿á qué ha venido?...

GAS. A pagar esa factura.

D. SEV. ¡Pues no veo qué novedad haya en eso! recibe el dinero, entrégale luego, su pagaré cancelado, y en fin, haz lo que haces siempre en idénticos casos.

GAS. Es que se presenta una dificultad!

D. SEV. ¿Un reclamo?

GAS. Precisamente.

D. SEV. ¡Ay, Señor! estos comerciancicos de pueblo lo encocoran á uno, siempre con sus reclamos, ¡como que les duele pagar! ¡lo cierto es, que á cada paso, nos procuran sacar alguna astilla en la cancelación de sus cuentas!.. ¡parece que sueñan con los regateos!.. ¡vaya unos *ganzos!*... ¿y qué reclama don Luís?...

GAS. Dice, que en la factura de las sedas, le fueron car-

gadas las piezas de tafetán á 80 duros, cuando él, las ha pagado siempre, á 70.

D. Sev. Dígale V. que se le cargaron á 80, porque valen 80, ¡mire V. qué mastuerzo!... ¡venir á imponerle precio á mis mercaderías, como si yo solo no fuese el único que tiene ese derecho!... ¡vaya V. y dígale, que las piezas de tafetán valen 80 como dice la factura, y que entienda bien, que, á lo *mío*, yo solo y muy solo, tengo derecho á ponerle precio. (Se va Gaspar.)

ESCENA V.

Los dichos menos Gaspar.

D. Sev. Vamos, hijo mío, reanudemos nuestra conversación, que nos ha venido á interrumpir ese cicatero de don Luís: ¿en qué estábamos?...

Alb. Me decía V. que le explicase, porqué creo yo, que la huelga es un derecho del obrero?...

D. Sev. Sí, sí: ¿porqué?...

Alb. Por eso.

D. Sev. Y ¿qué es eso?...

Alb. Eso es: lo que V. acaba de decir, no hace mucho: eso es, que á lo de V., V. solo le pone el precio; y á lo del obrero, el obrero solo le pone el precio: eso es, que V. aprecia las telas porque tiene telas, y el obrero aprecia el trabajo, porque tiene trabajo: son dos capitalistas que tienen, por igual, el perfecto derecho de apreciar lo suyo.

D. Sev. ¡Mira, niño, no me hagas reír con tus locuras, que no estoy ahora para risas!... ¿de manera sea, que según tu teoría, el obrero es tan capitalista como yo? ¡tú deliras!...

Alb. Sí señor: la diferencia está en que el capital de V. es más y el de él es menos.

D. Sev. ¿De modo que yo, y Antoñico, y Bruno, y Perico, y Jaime y la caterva: valemos lo mismo?...

Alb. Para la sociedad, para la industria, para el comercio, vale V. más, porque tiene más; eso es natural; pero nó para el derecho, como propietario, y es propietario todo el que posée una propiedad productiva, llámese finca rural ó finca urbana, trabajo ó industria.

D. Sev. Alberto, si yo sigo oyéndote, me voy á volver loco: tú te ahogas en tu sabiduría, y eres capaz de ahogar también á toda tu casa: temo que esos libros te hayan de conducir á «La Nueva Belén» y

tu padre, hijo mío, ¿qué será entonces, del pobre viejo?

ALB. No haya cuidado, padre, cálmese V.; esos libros me conducirán á un nombre ilustre y á una gloria inmortal: porque me llevarán á cumplir la misión única digna del hombre en este mundo: que es hacer bien á sus semejantes; ilustrando sus conciencias y ennobleciendo sus corazones: (Voz desde la puerta derecha:) Telégrama urgente. (Alberto toma el telégrama y lo entrega á su padre.)

D. SEV. (Rompe la cubierta y lée.) A D. Severo Marty: *La filoxera hace estragos; el vino escasea: hay gran demanda*. Ya oyes Alberto, ¡famoso negocio para mí!... ahora puedo aumentar á casi el doble, el precio de mi vino; y si se agrega el contrato que tengo celebrado para la Exposición: creo que mis negocios en este año, duplicarán mi capital... pero ¡qué digo!.. ¡si los trabajos de la Exposición se hallan suspendidos hace ya días, por esa maldita huelga!... y luego, ¿dime ahora, también, que la huelga no ha sido muy á distiempo?...

ALB. La creo lo más oportuna, papá.

D. SEV. ¡Cabeza de chorlito!

ALB. Usted lo acaba de decir: la demanda del vino hará que V. duplique su precio, por esa ley económica que aumenta ó disminuye el precio de las cosas en razón de la demanda; pues bien, el obrero ha usado de este derecho; hay demanda de su propiedad que es el trabajo, aumenta su precio; la filoxera ha sido para el vino de V., lo que la Exposición para el trabajo del obrero: más demanda, más valor.

D. SEV. No quiero seguir *departiendo* contigo; porque ya la cabeza me da vueltas como rueda de molino: y esas cosas tuyas que yo jamás había oído, me ponen como plomo en el cerebro. ¡Quédate con Dios!... (Se va.)

ESCENA VI.

ALBERTO, *luego* PACO.

Papá está preocupado con sus rancias ideas; y las preocupaciones son siempre espesas brumas, que no nos dejan ver los derechos ajenos, por claros y terminantes que aparezcan... El tiempo lo hace todo;

¡ah! sí, dejemos que el tiempo lo despeje y lo ilumine. Yo seré el más ferviente colaborador de esa obra: ¡adelante!... (Entra Paco.)

PACO. ¡Alberto!...

ALB. ¿Tú por aquí otra vez?

PACO. Mi busto te lo dice; pero, ahora es un busto severo como el de tu padre: ¡ay chico de mi alma! he tomado una gran resolución, he dado un gran paso, he afrontado un gran peligro, he salvado un gran escollo, he hecho, en fin, una gran cosa!...

ALB. ¿Algún descubrimiento célebre sobre la cosa aquella que me dijiste, de las *circunvoluciones* del cerebro?...

PACO. Algo como eso; he intentado atrofiar la circunvolución terca del cerebro de un *severo*.

ALB. ¿De un severo?...

PACO. Sí: como tu padre: mejor; de tu padre.

ALB. ¿De mi padre?...

PACO. Sí.

ALB. ¿Y se prestará él á la operación?... ¡ja, ja, ja!...

PACO. No la he intentado directamente.

ALB. ¿Y cómo?...

PACO. Por medio de una carta.

ALB. Debe ser alguna carta eléctrica.

PACO. Así mismo: él la leerá; al leerla, brotará la chispa: esa chispa entrará por el intersticio izquierdo de la nariz; porque debe ir á la parte izquierda del cerebro: y de ahí; la conmoción, el sacudimiento, la descarga... y... ¡sabe Dios cuántas cosas!...

ALB. ¡Ja, ja, ja!

PACO. Oye el borrador de la carta. (La saca del bolsillo y lée.) Señor D. Severo Marty, marqués de... conde de... barón de... caballero de... etc. de... etc. etc. de... etcétera, etc., etc., etc.

ALB. Le has puesto todas sus *dees:* ¡el viejo se muere por esas tonterías!...

PACO. Sí, las que él tiene por razón de su dinero, y las que yo le he añadido por razón de mi conveniencia.

ALB. Es que también tiene por su alcurnia.

PACO. ¡Bah! cuando te dije dinero, te dije alcurnia: ¡qué hombre rico hay en esta época, que no sea linajudo!..

ALB. Ya, ya; ese vendrá á ser como el receptáculo de la pila eléctrica.

PACO. Déjame seguir. (Continúa leyendo.) Yo soy un joven honrado, laborioso, y termino con provecho, mi carrera de médico cirujano, según se dice.

ALB. Polos positivos de la pila; ¡bien!

PACO. No tengo, por ahora, títulos nobiliarios; pero podré lograrlos mañana, ¿quién lo duda?...

ALB. Esas serán las planchas de la pila: pero dime chico ¿tú crees muy fácil titularte?...

PACO. ¡Cá! la cotización de los bonos de nobleza se hace, cada día, más fácil en el mercado.

ALB. Continúa. (Contrariado.)

PACO. (Lée.) Relativamente á V., soy pobre.

ALB. ¡Uf!... polo negativo poderosísimo.

PACO. Me atrevo á pedir á V., la mano de su hija.

ALB. ¡Explosión, choque, incendio, devastación, catástrofe!... pero ¿qué has hecho, verdugo? ¿en qué nefanda hora naciste? ¡qué crimen terrible has venido á espiar á Barcelona!...

PACO. ¡Ya lo ves!

ALB. ¡Esta casa se va á desplomar!

PACO. ¡No te lo dije! una resolución heróica que he tomado por mi cuenta y riesgo.

ALB. Dí, más bien, por tu cuenta y por mi riesgo; pues, mira tú, ¿sobre quién se desplomaría y á quién hundiría, al caer esta casa, entre sus ruínas sinó á mí que vivo en ella: y ¿ya mandaste esa carta?...

PACO. Irá por el Correo urbano.

ALB. Eso da una pequeña esperanza, porque el Correo dicen los físicos, es buen hilo pero mal conductor.

PACO. ¡Está hecho!

ALB. ¡No sabes lo que has hecho!...

PACO. He hecho lo que he debido hacer. Yo adoro á tu hermana, ella me dice que también me adora: los corazones se imponen con la voz poderosa de los afectos: y luego, esclava el alma de su despótico mandato ¿qué ha de pensar, entonces, en que pueda el cálculo frío y egoísta interponerse, para matar las dulces esperanzas y las caras fruiciones que la alimentan? ¡Ay! Alberto, si el hombre no olvidara, en ese momento fatal en que se ve, frente á frente con el destino y se enamora, las monstruosidades que tiene la vida, no se enamoraría jamás.

ALB. Lo comprendo: estás en la faz poética de la existencia y por consiguiente en la faz engañosa: ¡arranques nobles! ¡sentimientos gallardos! ¡sueños dorados! y luego; al lado del primer arranque, un despecho; del primer sentimiento, un desengaño; del primer ensueño, una realidad espantosa.

PACO. ¡Ay, Alberto!...

ALB. ¡Ay, Paco! (Se oyen toques de campana.)

PACO. ¿Doblan?...

ALB. Nó: es la campana universitaria que nos llama á las aulas; ¡despierta!

PACO. ¡Ya me olvidaba!

ALB. ¡La crisis obrera! chico, y tú no te olvides... las...

PACO. *Circunvoluciones* del cerebro.

ALB. ¡Justo! vámonos.

PACO. ¡Qué feliz eres!... ¡te envidio!...

ALB. Y tú ¡qué desgraciado!... ¡te compadezco!... (Se van.)

ESCENA VII.

D. SEVERO *y* MARTÍN.

D. SEV. (Llevando de la mano á Martín que sale vestido de obrero y con el mismo gorro que figura en la segunda escena.) ¡Alberto, Alberto, mira la obra de tu propaganda!... ¡contempla á este señor huelguista que, van ya para cuatro días, que vive de ocioso y de mal entretenido!... Y no está Alberto. ¡Ah! sí, es la hora de la clase: siento no haberle encontrado para que conozca las ideas de V. (Dirijiéndose á Martín.) discípulo suyo que ya se alcanza en la ciencia *huelguera*, y me diga entonces; qué opina ante la ociosidad que se fomenta y la vagancia que se implanta en nuestra tierra; y V., señor, ¿qué me dice, no se arrepiente, no vuelve al trabajo?...

MAR. Yo pensaba, pues, digo, pensaba, que, desde que me parió mi mare, que Dios tenga en su santa gloria en compañía de San Antonio, me han sonao siempre las seis en el reló de la Iglesia cuando camino pa el trabajo; y me han vuelto á soná las otras seis cuando vengo dél: pensaba, pues, que yo nunca he sío ocioso, ni me he mal entretenío como ize V.; sinó que he trabajao mucho: mire V. esas manos, si ya no parecen manos de gente, ni tienen figura corporal como ize el Catecismo; si lo que parecen son dos lonjas de tocino negras y requemáas; y que siempre he sío honráo, y que la leche que mamé en los pechos de la Aceitunera, que así llamaban á mi *mare,* porque tenía unos olivares en Sarriá, más grandes que Barcelona; era blanca como la nieve que cayó en Febrero del año pasáo y pura como la conciencia del hijo del Padre eterno; y que no me arrepiento de haber nacío; y que soy pobre, porque nunca he querío sisá como ize la Gran Vía: ni faranduleá como ize otro libro; que bastante me lo han propuesto: y que yo pido pa mi trabajo lo que me á la gana, porque pa eso es mío; como ize el señorito de aquí que es muy guapo; y que ya estoy canzao de tanto trabajá que trabajá y nunca pros-

perá; y que soy huerguista, porque es mi derecho, como izen los liberales que son los sabios: y que no vuelvo atrás: y tiene V. ahí, too lo que pensaba señó Severo.

D. Sev. ¡Imbecilidades! hasta ayer trabajaban contentos nueve horas diarias; hoy piden una menos: ¿para qué?... ¿para qué ha de ser?... para vagar.

Mar. ¡No comprende V., señó Patrono!... un letrao, me ha dicho, que eso é nosotros, es un retre... retre... retrécano... retrecáno; una cosa así, ó un quiquo qui proquo, esto último es latín, así me lo dijo el señó Cura que ebe sabélo: ya V. verá: decí que queremos ocho horas de trabajo, es decí, que lo que hoy nos pagan por nueve, nosotros lo cobramos por ocho, y como el trabajo es nuestra propiedá, es claro que nosotros le ponemos el precio, como V. á lo suyo.

D. Sev. ¡Bestia!

Mar. ¡Muchas gracias!...

D. Sev. ¡Estúpido!...

Mar. ¡Muchísimas gracias!...

D. Sev. ¡Animal!...

Mar. ¡Un millón de gracias!...

D. Sev. ¡Vagabundo!...

Mar. ¡Hola! ¡patrono, mire que se me van acabando las gracias!

D. Sev. En fin, vete; Alberto no está aquí, si quieres hablar con él, vuelve después; y... trabajo en mi fábrica no tendrás más, te lo juro.

Mar. Júrelo V. que eso e jurá, too el mundo lo hace. (Se va.)

ESCENA VIII.

Don Severo y Clara.

D. Sev. (Llamando desde la puerta del fondo.) ¡Clarita!

Clara. (Entrando.) ¡Señor, papaito!...

D. Sev. ¿No está el Doctor?...

Clara. No ha venido aún.

D. Sev. ¿Y Gaspar?...

Clara. Quedó en el Despacho.

D. Sev. ¡Me siento cansado! á cada momento, un sobresalto, una contrariedad, un susto: un libre pensador bajo la forma de un obrero; un liberal bajo el ropaje de un estudiante; un endemoniado bajo las formas de un huelguista. ¡Esto es insoportable!...

Clara. ¿Está V. malo, padre?

D. Sev. ¡Nó, hija, quisiera estar mejor; pero ya pasará esto: no da cuidado!...

Cla. ¡Ay Dios!... y ¿es la huelga la que hace á V. daño?... ¿no es verdad padre?... ¿es mala la huelga?.....

D. Sev. Es tan mala como un *puerco-espín*, hija mía.

Clara. Mire V., papá, cuando las niñas de mi colegio querían bailar y jugar y divertirse; decían á la maestra que era Sor Pilar, queremos huelga: y ella entonces, contestaba: estáis en huelga, y ¡ay! al momento, ¡qué bueno era!... bailábamos, y jugábamos, y comíamos turrones, y uvas y pomas y prunas y... ¡qué se yo cuántas cosas!... y después rezábamos el Rosario ante una virgen muy bonita que se llamaba *Nuestra Señora de la Huelga*: ¡Yo no sabía que eso era tan malo! ¡ay! ¡qué mala era Sor Pilar que nos daba huelga!.....

S. Sev. ¿Tú también?...

Clara. Sí señor: que yo también cojía ese *puerco-espín*; ¡y me gustaba!... ¡vaya! y qué malo era.....

D. Sev. Mira: mientras yo vuelvo, arregla el gabinete de Alberto, y si él viene antes, avísame.

Clara. Si está V. malo, yo le acompañaré.

D. Sev. No hay necesidad. (Se va.)

ESCENA IX.

Clara *sola.*

¡Ya estoy sola, gracias á Dios!... cerraré aquella puerta! (cierra la del fondo) y luego esta también (cierra la de la derecha:) si alguien viene, que llame; así tendré seguridad de que no me sorprendan (saca una carta del bolsillo, ábrela, para leerla, y al abrirla, encuentra en ella un papel doblado que, inconscientemente, coloca sobre la mesa de la biblioteca:) ¿qué me dirá Paco, en esta carta?.. ¡Jesús!.. ¡cuánta desazón me da el llamarle Paco... ¡yo no sé, porqué algunos padres de familia ponen á sus hijos nombres tan fofos y tan feos!... si me llego á casar con él: he de ordenarle que se cambie el nombre, y eso es muy fácil; con sólo poner en el Diario: yo, Paco Pelaú nacido en Figueras y estudiante de medicina hoy, en la Universidad de Barcelona, declaro: que estando en plena certidumbre de que fué únicamente por equivocación, que mis padres me pusieron Paco, como nombre de pila: me llamaré en adelante ¿como será?... ¡Angel, un nombre así sonoro y bonito! ¡yo no sé cómo Paquito, no lo ha hecho todavía! (lée la carta)

Angel mio: me llama Angel; mire V. si él se llamara también Angel, ya seríamos dos ángeles: ¡ay! ¡qué bueno! (Sigue leyendo.) Te escribo de noche, no se ve una estrella, está nevando; el frío es intensísimo: pero ni siento el frío con el calor de tu recuerdo, ni veo la noche, con la luz de tu memoria, y me circuyen, y diviso en el horizonte de mis esperanzas, las espléndidas estrellas de mis ilusiones: te va mi alma en esos versos que acompaño á esta carta: guárdalos en el santuario de tu corazón y no me olvides: (hablando) estos deben ser los versos: (toma el papel que había puesto en la mesa) los leeré después. (Lo coloca de nuevo en la mesa y continúa leyendo.) He escrito á tu padre, pidiéndole tu mano, contando con la promesa que me has hecho: si mi súplica naufragare en las circunvoluciones izquierdas de su cerebro; el puerto está en tu palabra comprometida y en la mía, inmutable como el destino. (Habla.) ¿Qué me querrá decir con esto de *circunvoluciones?* esta debe ser alguna enfermedad del amor que él habrá estudiado en los libros, como médico que va á hacer. (lée) Adiós amada mía; ya nos veremos. Tú Paco. Ahora, á la poesía, que á mí me agradan mucho los versos y ¡qué buenos deben ser!... (toma el papel que había puesto sobre la mesa y lo abre para leerlo) ¡qué pasmo!... ¡qué miro, Dios mío!... ¡un billete de lotería... ¡se habrá vuelto loco Paco!.. ¡como dicen que el amor es un manicomio y él me quiere tanto! nada tendría de extraño: ¿qué significará esto?.. (torna á leer la parte de la carta relativa á los versos) pues me ha mandado su alma en un billete de lotería; y aun más, para que lo guarde en el santuario de mi corazón; como si mi corazón fuese una caja fuerte: no hallo qué pensar!... ¿será una invectiva: será una burla?... no hay remedio: le pediré explicaciones. (Llaman violentamente á la puerta derecha, en tanto que Don Severo grita desde el fondo ¡Clarita, Clarita!... perpleja esta, al principio, no sabe á dónde dirijirse; pero al fin toma la carta y el billete en la mano y se dirije á abrir la puerta derecha; la abre, y sigue al fondo; detrás de ella entra Martín que notando su situación, la sigue con la vista: Clara va en seguida á atender al llamamiento de su padre, y al acercarse á la puerta del fondo, intenta esconder la carta, y el billete se le cae sin que lo note. Martín lo recoje después que ella haya salido.)

ESCENA ÚLTIMA.

MARTÍN *solo.*

(Tomando del suelo el billete y viéndolo.) ¡Es el mío!... ¡me lo habían robado!... ¡me lo habían robado!... (quitándose de pronto el gorro y viendo su fondo) ¡Ah! nó.

CAE EL TELÓN.

ACTO SEGUNDO.

Sala de recibo de la casa de Don Severo: dos puertas una á la derecha y otra en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

Don Severo *solo.*

(Con una carta en la mano que acaba de leer.) ¡Mire V. que estos mozalvetes del día son bien audaces!... ¡no tienen dónde caerse muertos, como quien dice, y ya, con el cuento ridículo y gastado de que van á ser doctores; y cuatro frases de relumbrón que se hurtan de aquí, y de allá en los libros románticos: se atreven á pedir á uno, la mano de sus hijas: como si los padres hubieran de tener el trabajo y el gasto de criarlas, para entregarlas sin más ni menos, al primer mendigo que les saliera al paso. ¡Qué atrevimiento! y ¡qué mundo, Dios mío; cómo está hoy!..... ¡si los pollos tienen más espolones que los gallos!.... ¡Mire usted, este pergenio de Paco, como me pide muy orondo, la mano de Clarita, y me funda el gran taimado su petición en mil sandeces, que no sé como se aleguen aún, en los tiempos presentes. Para mi Clara exijo un marido que tenga tres condiciones: la primera cuarenta mil duros de capital: la segunda dos cientas mil pesetas: y la tercera ochocientos mil reales: eso, y nada más. Los padres de familia, ¡ah! sí; los padres de familia se debían reunir en masa, en montón y para evitarse el disgusto de estas exigencias intempestivas, dejar sancionado un número redondo, 40,000 duros por ejemplo, como ínfimo capital que deba traer el que aspire á la mano de sus hijas. Estaríamos en nuestro perfecto derecho, y los petrimetres sabrían desde luego, á qué atenerse en la

elección de sus esposas. Voy á trabajar en este sentido, y á escribir á mis colegas sobre el particular. (Se sienta á escribir; entra Alberto fingiendo venir muy distraído con la lectura de un manuscrito que repasa con gran atención: así llega hasta el lugar donde está Don Severo, simulando sorprenderse al verle.)

ESCENA II.

Don Severo y Alberto.

Alb. Padre mío, perdone V., no le había visto.

D. Sev. (Levantándose.) ¡Tan entretenido estabas!...

Alb. Era justo: releía una manifestación ruidosa que hará furor, dentro de pocos días, en Barcelona!

D. Sev. ¡Esas tenemos!... ¡Alguna declaración anárquica ó demagógica que te habrán inspirado los motineros científicos de la clase, ó los motineros burdos de la calle!...

Alb. No la he sacado, padre mío, ni de la clase, ni de la calle: antes bien, me la han inspirado, no hace mucho, al mismo penetrar en la casa de mi padre.

D. Sev. ¡Algún demagogo rabioso, ó algún libre pensador impío; esos son tus buenos amigos!

Alb. ¡Nada! ¡Un ultramontano fanático!...

D. Sev. ¡Cuánto me consuelas con eso, hijo mío! ¡Ah! ¡esa manifestación debe ser entonces, óptima!... ¡Vaya! ¡vaya! ¡cómo te vas convirtiendo!...

Alb. ¡Muy buena es!

D. Sev. ¿Y quiénes la suscriben?...

Alb. ¡Los padres de familia!...

D. Sev. ¡Y te han exijido á tí, que me la traigas para que yo la firme!... Ya casi adivino: eso debe ser pidiendo al Santo Padre que *excomulgue* á los huelguistas.

Alb. ¡Una cosa así! ¡que los *comulgue!*...

D. Sev. Mil firmas voy á poner; dámela acá.

Alb. Es que V. no tiene que firmarla, por lo menos aparece su persona como el promotor de la idea que la manifestación encarna.

D. Sev. Es verdad, que ayer hablé con muchos sobre esto, pero no pensé que se pusiera en práctica tan pronto!

Alb. ¡Ay, padre mío, cómo se va V. convirtiendo!...

D. Sev. ¡En azote de la huelga!... ¡Dame acá!...

Alb. Tome V....

D. Sev. (Muy alegre, se pone los lentes y toma la pluma como para firmar.) ¡Una y mil veces!... (Lée.) Los padres de familia excitados por el Sr. D. Severo Marty, usando del perfecto derecho que les asiste, resuelven congregarse para imponer á los pollos casaderos que no aspiren

á la mano de sus hijas si no poseen un capital de cuarenta mil duros. Se fijará el día, la hora y el local de la reunión (arroja el papel.). ¡Caballerito, estaba usted clandestinamente, recogiendo mis palabras para retorcerlas luego. ¿Qué significa eso?...

ALB. Cumplía un deber de buen hijo: llegué á esta puerta, noté luego la excitación con que V. hablaba, y no quise penetrar de rondón á importunarle: habría sido un imprudente. Oí á V., bendije su parecer, me felicité de su conversión, y me dije: buen hijo eres, pues corre, ayuda á tu padre y hazte el propagandista de su nueva idea!... ¡A la huelga de los obreros, seguirá la de los padres de familia! Yo quiero ser el apóstol de las dos: alentaré al obrero pobre para que pida precio por su trabajo, y al capitalista para que pida dote por la mano de sus hijas!... ¡Yo prohijo el derecho de todos!...

D. SEV. Mira, estoy ya cansado de tus sermones. ¡Por buena la has cogido, por sermonear á toda hora!...

ALB. Nada, padre mío; en este mundo, todos nos declaramos en huelga, cuando no tenemos otro medio de alegar derechos que se nos quieren mutilar. Nos juntamos, para imponer con la muchedumbre, esa es la tendencia natural del hombre: las planchas eléctricas se superponen, y ahí está la pila, el gran secreto estriba en que la descarga no sea violenta. (Entra Paco.)

ESCENA III.

Los dichos y PACO.

PACO. ¡Señor don Severo Marty!

D. SEV. ¡Pase V. adelante! (A Alberto.) ¡Vete... (Al retirarse Alberto se dirije cariñosamente á Paco.)

ALB. ¡Hola, chico!... decía á mi padre, que está muy cargada la pila eléctrica y que, para que la descarga no sea violenta, es necesario gran cautela! (Sonrisa de Paco, se retira Alberto.)

ESCENA IV.

DON SEVERO *y* PACO.

D. SEV. (Señalándole asiento.) Siéntese V.

PACO. ¡Muchas gracias!... (Sentándose.)

D. SEV. Supongo que el motivo de su venida á esta casa, es

una carta mía, en que le exigía el favor de venir á hablar conmigo.

PACO. Sí, señor, con motivo de otra carta mía, en que exigía á V. la mano de su hija.

D. SEV. Supongo que habrá V. meditado con detenimiento este asunto.

PACO. Supongo que no me creerá V. tan lerdo, para no pensar detenidamente mis cosas.

D. SEV. ¡Como es V. tan joven!

PACO. ¡Como es V. tan viejo!

D. SEV. ¿Persiste V. en su petición?

PACO. ¿Y V. persiste en su interrogatorio?

D. SEV. ¡Sí!

PACO. ¡Sí!

D. SEV. El matrimonio con mi hija, joven, es un hallazgo. Ya V. verá, belleza, juventud, dinero, tres cosas distintas y una sola diosa verdadera, *Clara:* con estas cualidades, comprenderá V., que no es *cualquiera* el que puede aspirar á la mano de mi hija: los tesoros no se logran así, á tontas y á locas. Soy capitalista y Clara no podrá desposarse con caballero alguno que no traiga, por lo menos, al enlace matrimonial, la insignificante bicoca de 40,000 duros de capital. ¿Los tiene V.?

PACO. Nó, señor.

D. SEV. ¿Y entonces? ¿con qué títulos me pide V. su mano?...

PACO. Ella me ama.

D. SEV. ¿Lo sabe V. bien?...

PACO. Me lo ha dicho.

D. SEV. ¿Y V. es aun tan inexperto, que ignora, que las niñas á su edad, como piensan muy poco, dicen casi siempre lo que no piensan?...

PACO. Además, cuando yo la miro... ella...

D. SEV. Lo ve á V. también, ¿y querría V. que bajase los ojos como una labriega?... Oh, nó, eso no estaría conforme con el rango á que pertenece y con la educación que ha recibido. Una niña, caballero, educada en los golpes de la alta sociedad, no puede aparecer como una inocentona campesina.

PACO. ¡Es que también me ha escrito!...

D. SEV. ¿Le ha escrito á V.?

PACO. ¡Sí, señor!... (Pausa.)

D. SEV. O mejor dicho, se han escrito. Esa es la moda hoy. Es la imposición del buen tono: no hay pollito por enano que sea, que no escriba de amores; y no hay polla que no conteste de amores: eso se usa, joven, como los polizones, las dobles-faldas, las polacras, los vestidos cortos, las medias de color, los

peinados copetones, etc., etc. No crea V. que yo justifique esta relajación en las costumbres: deseara, antes bien, más severidad, más circunspección. Pero ¿quién podrá luchar con esa creciente de conquistas, de progresos, de huelgas, que constituyen la propaganda de la juventud actual?...

PACO. Me sorprendo, señor.

D. SEV. Pues no debiera V. sorprenderse. Las niñas tienen ojos y por eso ven á los jóvenes que las miran: tienen oídos y por eso oyen á los pollos que las requiebran: tienen manos y por eso escriben á los señoritos que las cartean. ¡Libertad, amigo mío! ¡progreso!... ¡Vivan esas dos diosas de la generación de Vds.! Ahora, los padres de familia tienen dinero, y por eso exigen dinero en los aspirantes á la mano de sus hijas.

PACO. ¿Y nada vale la honradez tampoco?...

D. SEV. La honradez es un escudo tan liso y gastado ya, que la civilización moderna se ha encargado de desmonetizar y no corre ya, en la feria de la vida.

PACO. Pero mi carrera podrá asegurarme un capital.

D. SEV. Todo eso es efímero, joven, no reniegue V. de sus ideas modernas. ¡A lo positivo! ¡á lo positivo!...

PACO. ¿De modo?...

D. SEV. De modo que niego á V. rotundamente la mano de mi hija.

PACO. ¡Soy indigno de ella!... (Con sentimiento.)

D. SEV. V. lo ha dicho. (Paco se levanta sin decir una palabra y se retira.) ¡Vete al diablo, pollito audaz! Estos caballeritos tienen tanta audacia como pedantería: predican libertad, positivismo, derecho, y luego, cuando les sale el tiro por la culata, no hallan donde pararse. Ya salí de este tipo que anda á caza de mujer y de cuartos: ¡Gracias á Dios! (Entra Clara y detrás de ella una sirviente con algunos envoltorios.)

ESCENA V.

DON SEVERO *y* CLARA.

CLARA. (A la sirviente) Ven aquí. (Tomando uno de los envoltorios.) Mira, papá, he comprado un traje de cuadros, que es lo que está de moda: una peineta arabesca, que es de las últimas venidas de París: unos zapatitos de corte bajo, para lucir el pié andaluz que me dicen que tengo, y en fin, todo lo necesario para ponerme á la rigurosa en las próximas fiestas. ¿Quieres verlos?... (Intenta desatar los líos.)

D. Sev. No, nó: ya los veré después: (A la sirviente.) llévatelos. (A Clara.) Y tú quédate. (Clara entrega también el abrigo y la gorra que habrá traído puesto de la calle.) (Se va la sirviente.) ¿Has visto á ese caballero que acaba de salir de aquí?...

Clara. (Turbada.) ¡Yo!...

D. Sev. Hija mía te estás vendiendo: ten confianza en mí: ¿en cuál seno podrías depositar tus secretos con mejor garantía que en el seno de tu padre, que es el único amigo de tu felicidad?

Clara. Yo... ví á ese caballero... sí, es verdad: pero fué de espaldas: porque él caminaba muy de prisa y por la calle opuesta...

D. Sev. ¿Le conoces?...

Clara. ¿A ese amigo de Alberto?... no le conozco.

D. Sev. ¿Y cómo sabes que el joven ese, es amigo de Alberto?...

Clara. Sí, es verdad. Yo no me acordaba que le conocía.

D. Sev. Mira, hija, tranquilízate: y piensa que nadie te ama como tu padre, para que no temas abrirle tu corazón y franquearle tus sentimientos: ¿tú amas á Paco?...

Clara. Yo no sé si le amo: solo sé, padre mío, que le escucho siempre complacida y le miro á toda hora, con dulzura.

D. Sev. ¿Y eso cómo lo has hecho sin decírselo á tu padre?

Clara. No había tenido tiempo para ello: y como él me dijo que te lo diría, no creí que fuera menester que te lo dijesen dos.

D. Sev. ¿De modo que tú has hablado con él, sobre eso?...

Clara. Me lo ha escrito!...

D. Sev. ¿Y tú también le has escrito!...

Clara. ¡También!...

D. Sev. Has hecho una cosa pésima, entiéndelo.

Clara. No me riña V., padre. Mire V., yo le dije á Luísa, aquella amiga mía que me quiere mucho, que Paco me requebraba y que á mí me gustaba que me requebrase: y ella entonces, me preguntó: ¿y no le escribes cuando no puedes verlo?... yo le contesté que nó; y ella me replicó: los que se aman y no se ven, se escriben, es la moda: y yo le escribí, por seguir la moda.

D. Sev. Ya me lo había figurado: te conozco, hija mía, ¿cómo nó; si soy tu padre?... no me atreví á dudar de tu inocencia, pero conocida tu ligereza, y vistas las cosas como andan por el mundo; ya había atribuído tu falta, á la moda que tanto te gusta, ó á la amiguita esa que has dado por tener siempre á tu lado y cuya afición te he reprendido más de una vez.

Clara. ¿Y lo sabía V?...

D. Sev. Me lo acaba de decir el mismo Paco...

Clara. ¿Ha hablado con V?...

D. Sev. Ha venido á pedirme tu mano.

Clara. ¿Y V. se la ha concedido?...

D. Sev. ¿Qué querrías tú, que hubiera hecho?...

Clara. Yo... no me habría atrevido.

D. Sev. ¿A qué?...

Clara. A decirle que nó.

D. Sev. Ya lo adivino: porque esa misma amiga te habrá dicho: que es hoy una moda, el no decirle *nó*, á ningún amante: ¿no es cierto?...

Clara. No tanto por eso: porque ya V. me ha ordenado no aconsejarme con nadie, ni ser tan fanática por la moda: sinó porque hubiera dado á él, un gran pesar: y yo no me atrevo á darle pesares!...

D. Sev. ¿A tu padre?... ¿no es verdad?...

Clara. Y á él.

D. Sev. (Después de una pausa.) ¡Debes olvidarlo!... yo te lo mando.

Clara. Veré si puedo.

D. Sev. ¡Podrás!... y debe bastarte esto: ese hombre es indigno de tí.

Clara. ¡Indigno!... ¡oh qué triste es eso, padre mío!, ¡aquel billete!... es verdad; es indigno de mí. (Se sienta muy afligida.)

D. Sev. Clara, no olvides que soy tu padre; déjate ahora de aspavientos novelescos y procura distraer la tontería de ese amorcito, lo que te será muy fácil: ¡vamos, vamos!... voy á hacer preparar el carruaje para dar una vuelta por San Gervasio: disponte pues, que muy presto estaré aquí. (Se va.) (Momentos después entra Paco.)

ESCENA VI.

Clara *y* Paco.

Paco. Clara mía, desde aquella puerta atisbaba la salida de tu padre, para venir á decirte con el alma henchida de placer: ¡Alienta!... ¡alienta!... ¡la Providencia nos ha salvado!...

Clara. (Sorprendida pero con severidad.) ¡Caballero, se atreve V. todavía!

Paco. (Lleno de amargura.) ¡También me repele!... ¡eso faltaba para rebosar la capa de mi infortunio!...

Clara. V. ha jugado indignamente con mi corazón, como pudiera jugarse con un volante: ¡eso no es digno de un caballero!...

PACO. ¡Maldito el labio que tal dijo á V., Clara, porque ese labio ha extendido sombras en el cielo de su alma pura: y haría hasta dudar, de la pureza de sus destellos!...

CLARA. Mi padre acaba de hablar conmigo.

PACO. ¿Su padre de V.?... ¡Dios mío! ¿qué he dicho?... perdóneme V., Clara; ¿dónde está él?... quiero verle, quiero decirle que ya soy digno de él, y de V. y de todo el mundo: que si puso una condición á mi felicidad: esa condición está cumplida, hasta más allá de los lindes que me fijó su voluntad paternal.

CLARA. ¡Que se haga V. digno de mí, es todo lo que él exige!

PACO. ¡Tan buen padre, Clara, la quiere á V. tanto, que no contento con la dignidad que traje por escudo al venir á impetrarle la mano de V., me exigió más aun, me exigió la dignidad *brillante,* la dignidad esplendorosa, la dignidad munífica: ¡bendito sea Dios! cuánto la quiere!...

CLARA. ¡Y yo, por eso, como buena hija correspondo á su solicitud paternal!...

PACO. Pero ¡cuánto he cambiado de un momento á otro! minutos antes iba, camino de la desesperanza, á la desesperación y á la muerte: hoy vengo, camino de la esperanza, á la dicha, á la gloria, á la consecución del sueño más puro del alma: ¡ya puede V. amarme: ya puedo ser el hijo feliz de ese padre tierno que la quiere tanto: y el dulce compañero de la hija obediente y crédula que adora mucho al autor de sus días! Dentro de poco: cuando la autorizada palabra de Don Severo diga á *V.*: *hija* mía, ámalo, puedes amarlo, ya es digno de tí: ¿no es verdad, clara esperanza de mis sueños, que desafiaremos todos los peligros?

CLARA. ¡Todos!...

PACO. ¿Que salvaremos todos los escollos?..

CLARA. ¡Todos!...

PACO. ¿Que intimidaremos todos los sacrificios?...

CLARA. ¡Todos!...

PACO. ¿Que conjuraremos huracanes y ciclones?...

CLARA. ¡Todos!...

PACO. ¡Mar tranquila!... ¡esquife brillante!... ¡casco diamantino!... ¡arbolaje de oro!... ¡mástiles de plata!... ¡velas de seda!... ¡remos de marfil!... ¡cojines de damasco!... allí, navegaremos con tu padre, por piloto; nuestro amor, por favonio: nuestras promesas por cánticos, nuestros suspiros por músicas; dejando estela imborrable, en ese viaje de felicidad sin término.

CLARA. Yo que tanto mareo, no marearé así, te lo aseguro.

PACO. Ni Don Severo tampoco, ¿no es verdad?...

CLARA. Es claro. ¿Quieres que le llame?...

PACO. Aun nó: es preciso prepararle para el *notición* que va á recibir: ¡cómo es tan nervioso, una noticia así, de sorpresa, podría hacerle daño!

CLARA. ¡Verdad!...

PACO. ¡Cuidado pues, con imprudencias... mucha cautela! y ya verás como todo sale bien: confía en mí y espera.

CLARA. Ya esperaré, pero, ¿me sacarás pronto del martirio de la incertidumbre?

PACO. Muy pronto. Adiós, esperanza mía.

CLARA. Adiós, Paco: ¡ya me parece que el mar me lleva... así... de acá para allá y de allá para acá, en ese viaje que me prometes!... ¡Adiós!...

PACO. ¡Adiós! (Se va Clara.) ¡Qué chasco le voy á dar al viejo!... (Se va.) (Escena sola por instantes.)

ESCENA VII.

DON SEVERO *solo.*

(Entrando, lleva en la mano una carta abierta.) ¡Canario! ¡este sí que vale la pena!... ¡qué diferencia!... aquel estudiantico más limpio que una patena, no era sinó para arrojarlo á la calle como lo hice: ¡buenas agallas que tiene el muy audaz!... pero este, este sí que merece tomarse en cuenta!... ¡debe ser algún noble caballero, alguna personalidad de valer en el gran mundo!... (lée) Señor Don Severo Marty: (habla) no me pone mis títulos: y es razón, eso no deberá estar hoy en el buen tono: como se compran, y todo el mundo los tiene, la moda debía ser que, los verdaderos títulos para no confundirse con los de contrabando, se quedaran en la conciencia: este joven sabe lo que se dice, y lo que se hace en la sociedad brillante, y quiere dar el primer paso, en la imposición de la nueva moda: (lée) Yo aunque joven, y un tanto calavera; (habla) ¡qué simpatía! ¡cómo lo confiesa él mismo!... (lée) soy rico y *requeterico*: tengo 200,000 duros de renta: me atrevo á pedir á V. la mano de su hija Clara: dentro de breves instantes iré personalmente á obtener de V. la contestación de esta misiva: (habla) etc., etc., etc... (lée) P. del Dorado: (guarda la carta) ¡estilo sólido y de consistencia!... ¡así se escribe!... este será un famoso partido para Clara, que ella aprovechará, porque yo la he educado para eso, para

aprovechar buenos partidos: voy á esperarle aquí. (Entra Martín, vestido de frac, Don Severo al verle entrar, le desconoce y le toma por el joven que espera, luego le brinda con la mano un asiento á su lado.)

ESCENA VIII.

D. SEVERO *y* MARTÍN.

D. SEV. ¡Caballero! adelante: ¡siéntese V., aquí, á mi lado!... he considerado atentamente su petición... (Viendo que no entra.) ¡Pase V. adelante!...

MAR. (Entrando.) ¡Ja, ja, ja, ja!...

D. SEV. (Estupefacto.) ¡Qué veo!...

MAR. ¡Hola, patrono, pues está V. tan ciego que no ve lo que ve!

D. SEV. ¿Qué significa esto?... Martín, ¿eres tú Martín?...

MAR. ¡El mismísimo; que viste y calza distinto!... pero si V. crée, patrono, como creen los señores, que el vestio hace el *flaire* yo soy otro.

D. SEV. ¿Y eres tú el de la carta?...

MAR. Yo no escribo cartas, señó Severo, yo mismo soy una carta.

D. SEV. ¿Te estás volviendo loco?...

MAR. ¡La huelga, señó patrono, la huelga!...

D. SEV. Sí, sí: la huelga va á acabar con el juício de los actores y de los reos; de Vds. y de nosotros.

MAR. Pues es claro: decía pues, decía, que yo no soy ya Martín; sinó D. Martín: que ya soy más rico que V.. patrono: y que voy empezando á conocé la gente y que ya muy pronto no me conoceré á mí mismo en lo empavonao y aristocrático que me voy á poné: y que ya no soy huerguista por menor como los pobres: sinó, por mayor, como los ricos: y que voy á comprá una fábrica y que si V. me quiere vendé la suya, podemos, desde ahora, empezá el avalúo pá el negocio: y que me voy á cazá con una doncella clara e cara y clara e tóo; desde abajo hasta arriba; y maca y mona y tóo lo demás: y que á caa *tosino* se le llega su feria y que á mí se me llegó la mía, porque hay Dios en el cielo.

D. SEV. ¡Qué desatinos dices!...

MAR. Yo no desafino porque me hubieran silbáo como á la Pata que silbaron aquí en Barcelona naa más que porque desafinó: y á mí al contrario, tóo el mundo me agasaja, y me hace cortesías, y me aprieta la mano: porque *izen* que soy rico, como quien no *ize* náa.

D. SEV. (Revelando una notoria preocupación por el estado de Martín.) Mira: sobre el negocio de la fábrica hablaremos después, vente dentro media hora.

MAR. ¡Bueno! ¡bueno! volveré: ¡tóo es negocio! (Se va.)

(D. Severo toca el timbre y aparece Gaspar por el fondo.)

D. SEV. (A Gaspar.) Vuela á la fábrica y dí que no permitan al obrero Martín, bajo ningún concepto, la entrada en ella. (Se va Gaspar.) ¡Está rematado de loco!... esa es la huelga. ¡Ay! ¡cuántos cerebros va á dislocar ese jaleíto de flojos!... (Llama por el fondo.) Clarita. (Se presenta esta.) Quédate aquí: y, óyeme bien: si viniere á buscarme un joven de buena presencia, yo no lo conozco, pero debe tenerla: imagínate 200,000 duros de capital: hay para hermosear á *Picio:* debes tratarle con muchísimo cariño, mira; es el novio que te tengo destinado y no vayas á perder el tiempo que es oro, como dicen los yankes. Se llama D. Paco del Dorado. (Se va.)

ESCENA IX.

CLARA, *luego* PACO.

CLARA. No hallo qué pensar de lo que está pasando por mí: fórmome lindos castillos; y como que están construídos en el aire, se me derrumban cuando menos lo pienso. ¡Paco me hace creer una cosa; mi padre me insinúa otra: y así de perplejidad en perplejidad; y de conjetura en conjetura, vivo en el martirio de una duda constante!..... ¿á quién creeré?... ¿en quién podré confiar?... ¿en mi padre?... ¿en mi corazón?...

PACO. (Entrando.) En mí, Clara mía.

CLARA. ¿Estás aquí de nuevo?...

PACO. Ya lo ves: no ha faltado mi palabra.

CLARA. ¡Gracias! ¡eres tan bueno!... ¿Yo no sé porqué papá?...

PACO. ¿Me ve tan mal?

CLARA. Sí: ¡como que tienen Vds. dos, flúidos magnéticos que se repelen!

PACO. No tanto; más bien *flúidos metálicos*... y ¿él está hoy contento?...

CLARA. ¡Contentísimo!... todo ha sido complacencias conmigo.

PACO. ¡Miseria humana!... Como tú, nuestra esperanza, ya nos sonríe con horizontes de dicha.

CLARA. No lo veo así.

PACO. ¿Por qué?...

CLARA. Mira tú: al salir papá, de aquí, hace poco, me ha dicho: hay un caballero que debe venir á verte; se llama D. Paco del Dorado y es el novio que tengo destinado para tí. ¡Hasta tocayo tuyo es!... mira qué casual.

PACO. ¿Y ese tocayo mío es el que tú esperas; y es también el novio que ha destinado tu padre para tí?... pues ¡caracoles!... ¡que voy á esperar á ese tocayo mío, para beberle la sangre, tocayo y todo!...

CLARA. ¡Por Dios! Paco, ¡vas á dar un escándalo!... ¡por mi amor te lo suplico! ¡vete! ¡vete!...

PACO. ¿Y he de permitir yo el que ese tocayo se case contigo? eso, nunca, Clara mía, si fuera un extraño, enhorabuena, pero, un tocayo: eso sería unir la burla al desprecio.

CLARA. ¡Dios mío! ¡qué conflicto! ¿qué debo hacer, si llega el otro, si llega mi padre?...

PACO. (Riéndose.) Clara, yo estoy aquí ¡ten confianza!...

CLARA. ¡Virgen de los desamparados!...

PACO. Dime tú, Clara: ¿cuando ese Paco, ese maldito tocayo mío se case contigo; ya tú le exijirás, como me has exijido á mí que se cambie su nombre por el de Angel, y luego, tú lo llamarás Angel Dorado, y él te llamará á tí *Clara Luz del Angel Dorado*. ¡Eso no puedo sufrirlo!... Tú te llamas Clara Luz: pues el Angel debo ser yo y nadie más: para todo el mundo debes tú ser *Clara oscuridad:* y sólo para mí Clara Luz: está dicho todo. (Advierten que D. Severo se acerca por la puerta del fondo.)

CLARA. ¡Ahí viene papá!...

PACO. ¡Haz de manera que no te vea!... (Siguen hablando con grande animación en voz baja.) (Entra D. Severo.)

ESCENA X.

Los dichos y D. SEVERO.

D. SEV. ¡No me han observado!... ¡La cosa marcha!... Mire V., lo que es un joven rico; se insinúa inmediatamente.

PACO. ¡Todo por el amor que te tengo!...

CLARA. ¡Puedo confiar!...

PACO. El tiempo te hablará con más elocuencia que mis palabras. (Siguen hablando en voz baja.)

D. SEV. ¡Ya se tutean! ¡caracoles! ¡los muchachos se van entendiendo que es una dicha!...

Clara. ¿Tú mismo eres?...

Paco. ¡Yo mismo!... ¿Ya ves si hubiera matado al tocayo?...

Clara. ¡Ya veo que lo hubieras hecho!... (Voz baja.)

D. Sev. ¡Le da celos!... y verdaderamente, si el estudiantico aquél no hubiera desistido, ya se las hubiera visto buenas con este otro, que tiene trazas de ser un hombrón!...

Paco. ¡Ja, ja, ja! ¡Hasta la muerte, Angel mío!...

Clara. ¡Ja, ja, ja! ¡Hasta la eternidad!...

Paco. ¡Te quisiera devorar!...

D. Sev. ¡Devorar!... ¡esto va ya demasiado expresivo! ¡entremos!... (Entra; al verle Clara y Paco se levantan y le dan el frente: D. Severo muestra una gran sorpresa mezclada de indignación.) ¡Mozo! ¿no he dicho á V., que es indigno de mi hija? puede V. salir.

Paco. ¡Señor! ¿no he escrito á V., que tengo 200,000 duros de capital? ¡puedo entrar!... (Entra Martín.)

ESCENA XI.

Los dichos y Martín.

Mar. ¿Qué resuelve V., señó Patrono, sobre la venta de la fabrica? ¡ya tengo comezón de gastá los cuartos!...

D. Sev. No vendo fábrica ninguna: ¡retírate!...

Mar. Pues he de esperá al niño Paco, que es mi sosio.

D. Sev. ¡Qué confusión de cosas!...

Paco. Todo es muy claro, señor: es uno mismo el Paco Pelaú que firmó la primera carta, pidiendo la mano de Clara, y el Paco del Dorado que ha firmado la segunda. Yo fuí el primero, y el segundo soy yo mismo. Pobre, había renunciado á mi propósito, ante la negativa de V.; rico, vuelvo á él.

D. Sev. ¿De modo que se ha levantado V.: hasta poder aspirar á mi hija?...

Paco. ¡Me ha levantado Dios que sabe confundir las miserias humanas!....

D. Sev. ¡Parece increíble!...

Paco. ¡Su hija de V. ha tenido en la mano el vale de mi inesperada fortuna!...

D. Sev. ¡Clara!...

Clara. ¡Yo!...

Paco. ¡Sí, Clara, los versos aquellos!...

Clara. ¡Ah! ¿el billete aquel?...

PACO. Sí: aquel billete me ha dado la fortuna de quinientas mil pesetas: mitad del segundo premio de la lotería de Madrid que me ha cabido en suerte.

MAR. Y á mí la otra mitad, señó don Severo: mire V. (señalándole el fondo del gorro que traerá puesto) que parecía locura y no era: (sacando del bolsillo un número del *Diluvio* en que está la lista) vea V. también.

D. SEV. (Leyendo dentro del gorro) 46,652: (leyendo en el *Diluvio*) 46,652 con 1.000,000 de pesetas: (dándole afectuosamente la mano á Paco.) ¡Mis felicitaciones, señor don Paco: (lo mismo á Martín) entraremos en negocio, picaruelo!... (dos grupos, á la derecha Paco y Clara; á la izquierda Martín y don Severo.)

PACO. Tenía unos versos compuestos para tí: y por una ligereza involuntaria hija, tan sólo, de mi carácter violento; coloqué dentro de la carta, el billete aquel en vez de los versos que debía haber puesto: Martín lo recojió no sé cómo, y luego, me lo llevó á casa. (Sacando un papel del bolsillo.) Aquí están los versos: tómalos, estos son.

CLARA. ¡Gracias! ¡los conservaré como un recuerdo tuyo!... (prosiguen hablando en voz baja.)

D. SEV. ¡Ya no serás más huelguista, ¡bribonzuelo!...

MAR. ¿Pues cómo no he de serlo?... Ahora lo soy doble: ahora formaré en la huerga de los ricos, porque soy rico: y en la de los pobres; no por mí, sinó por mis compañeros que no he *olvidáo toavía*.

D. SEV. ¡Vaya! ¡vaya! tú siempre serás un destornillado: pero así es la fortuna; *le salen barbas al que no tiene quijadas:* (dirijiéndose á Clara.) ¿Estás muy contenta de tu novio?...

CLARA. ¡Que si lo estoy!...

D. SEV. ¿Serás muy feliz con él?...

CLARA. ¡Muy feliz!...

PACO. ¡Felicísima!...

D. SEV. ¡Ha tenido V., don Paco, una gran fortuna!...

PACO. ¡Ah! ¡sí, una inmensa fortuna!...

D. SEV. No hablo yo de la fortuna metálica: sinó de la de haber conquistado el amor de Clara.

PACO. ¿Creía que hablaba V. de la otra?... pero me engañaba, ¡gracias á Dios!...

D. SEV. Las grandes dichas, pues, amigo mío, no se dejan pasar, se aprovechan.

PACO. Eso: según y conforme.

D. SEV. (Sorprendido.) ¡Pues, así estamos!. . explíquese V.

PACO. Lo haré con gusto. Don Severo: ayer se le impusieron condiciones á Paco Pelaú: hoy Paco Dorado las impone: ayer el joven digno por su honradez, fué humillado: hoy el joven digno por su riqueza,

humilla: ayer el amor impuso un sacrificio á mi honor: hoy le toca al honor tomar la revancha y lo impone al amor. En pocos minutos no puede haberse cambiado mi sér moral: puesto que pienso, siento y quiero del mismo modo; me caso, Clara, con V. porque la amo muchísimo; pero con una condición, á saber; que nos hemos de marchar de aquí, lejos, muy lejos: á un lugar donde no labefactemos la honra de nadie, incluso el padre de V.: elija, ó su padre ó yo....

MAR. ¡El gozo al pozo: estos pollos liberales son ño *tocotines!*...

CLARA. (Arrojándose á los brazos de su padre.) ¡Padre mío, seré feliz con mi desgracia á tu lado: como sería desgraciada con la felicidad que se me brinda, lejos de tí!.....

PACO. ¡Me declaro en huelga!... Martín, tú, mi compañero de siempre; tú á quien el cielo parece haber destinado á compartir á toda hora, conmigo la cicuta ó el néctar: me acompañarás.

MAR. ¡Pues es claro!...

PACO. ¡Iremos á la América española, á esos jóvenes pueblos amamantados al benéfico calor de nuestra patria, que se levantan llenos de vigor y lozanía, y donde tal vez, aún, no haya penetrado ese gusano roedor del egoísmo, que seca y mata los corazones, y aridece el amor y la esperanza!... y donde los padres de familia casen y no pongan precio á sus hijas!... ¿no es verdad? Don Severo... (Entra Alberto.)

ESCENA ÚLTIMA.

Los dichos y ALBERTO

ALB. ¡Albricias! ¡albricias! amigos míos, terminó la huelga, gracias á la abnegación de los pobres y á la sensatez y cordura de los ricos: ha sido un gran triunfo para el pueblo barcelonés, que en ese choque del capital con el trabajo de que brotan casi siempre tempestades aciagas: no haya surjido aquí, otra cosa, que luz de derechos, y esperanzas de justicia!... Papá, alégrese V., y tú Martín, y tú Paco y todos y todos... hasta tú, querida hermana.

CLARA. ¡Yo no puedo ser feliz, hermano mío: hoy ha muerto mi primera ilusión, y sobre sus tristes despojos

ha nacido mi primer desengaño!... ¡Paco se va!...

Paco. ¡Sí: me voy, Alberto: parto á la América española con mi buen Martín, porque somos ricos!...

Mar. Mire V., señorito (señalando á Alberto el fondo del gorro) 500,000 pesetas: ¡es tan grande el *numerote* ese que no puco ni pronuncialo!...

Alb. ¡Ah! ¡el gorro!... ya recuerdo: ¡ja, ja, ja!... ¡Tiene unas cosas la fortuna que confunden y alegran!.... nunca ese premio de la lotería ha podido estar mejor repartido... ¡Nada de tristezas! ¡despéjese V., padre: y tú hermana, eres muy inocente: Paco no ha querido más que jugarte un lance de Carnaval: (tomando á Clara de la mano.) ¡Paco, hé aquí á tu esposa!... eres demasiado noble y demasiado liberal para ejercer una venganza ruín, matando el corazón cándido de esta pobre niña. ¡El amigo lo impone al caballero!..... y ¿qué dice V., padre?...

D. Sev. Yo, al ver la desgracia de mi Clara y la abnegación de su conducta, pienso, que, ante la hija que sacrifica su amor en aras de su deber, debe el padre dignificarse: sacrificándolo todo, en aras de la felicidad de ella. (A Paco.) Perdón por perdón, señor don Paco, por ella, (señalando á Clara) perdono á V.

Paco. Y yo, señor don Severo, por ella, perdono á V. también. (A Alberto.) Sólo me faltaba para debértelo todo, que llegaras á tiempo de conjurar la tempestad que amenazaba hundir, para siempre, toda la ventura de mi vida.

Clara. ¡Alto ahí!... condición por condición, señor don Paco, me toca tomar la revancha: V. me la impuso antes, yo la impongo ahora.

Paco. ¿Qué será?... ¡Virgen santa!...

D. Sev. ¡Hija!..

Alb. ¡Hermana!...

Clara. (A Paco.) Que para casarse conmigo, vuelva V. á ser el Paco Pelaú, honrado y pobre, y que aplique su capital al establecimiento de una casa de Beneficencia para el sostén de tanto mendigo como pulula por las calles.

Mar. Y yo pensaba también que esa casa debe llamarse La Huelga: pues es claro que sin la de nosotros, yo habría estao trabajando, y no le hubiera pedío al señorito que me comprara el billete, y él no hubiera comprao, y hubiéramos quedao toos tan *pelaus* como antes de ahora.

Paco. Acepto.

D. Sev. Yo también acepto: mi fortuna es tuya, hija mía.

Clara. Y de mi novio.

D. Sev. (Con cierta vacilación.) ¡Así es!...

ALB. ¡En huelga nosotros, porque somos felices!..... ¡En huelga Barcelona por el término feliz de la huelga!... ¡En huelga los desgraciados mendigantes porque ya tendrán un abrigo!... (á Clara) ¿qué resta?...

CLARA. ¡Que el público entusiasta nos acompañe también! y se declare en huelga.

CAE EL TELÓN.


3 0112 117454675